

## LA FILOSOFIA EN Y DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COSTA RICA Y SU NECESIDAD SOCIAL

*Eduardo Saxe Fernández.*

### *I Análisis social.*

La Universidad Nacional de Costa Rica fue fundada en 1973 y empezó sus labores educativas en 1974, dentro del quinquenio 1970-75, cuando Centroamérica, y Costa Rica en ella, vivían bajo el febril impacto de la crisis que conmovía al foco imperial capitalista norteamericano, ya por entonces inevitable perdedor de su guerra colonial en Indochina. Nuestra institución nació cuando en Centroamérica padecíamos el terror desenfrenado de la mafia del capital financiero y multinacional, aliado con la clandestina inteligencia pentagonal y las burguesías criollas; en medio de nuestra indignación por el renovado asalto brutal que realizaban los grupos sociales a quienes pertenecen los estados, para incrementar cuantitativa y cualitativamente su apropiación de los medios sociales de producción. Pero precisamente por todo eso mismo surgió aquí la Universidad Nacional. Porque en Centroamérica, y Costa Rica en ella, el incremento cualitativo de la opresión genera un incremento en la respuesta popular: en ese quinquenio, ante el despojo, o el atropello, o la muerte preferible a la tortura, trabajadores de todas las ramas de la producción, e innúmeros simples desposeídos de trabajo, de docencia o de tierra, generamos y mejoramos nuestras organizaciones; protestamos y nos organizamos, y recibimos represión, o paliativo para algunos pocos; generamos mejor organización, y entonces recibimos renovada represión, o paliativo para otros pocos...

En Costa Rica, la lucha contra las contrataciones entre la Alcoa Aluminium Company of America y el Estado, en 1969-70, y la huelga bananera de 1971 —apoyada por sectores urbanos y estudiantiles—, significaron la primera articulación contra la opresión y el despojo. Hay un renacimiento de organizaciones populares, semi ahogadas desde la década del 50. A nivel académico, esto se manifiesta en la emergencia de grupos de “intelectuales independientes” —como dice Adorno— que superan el ya trasnochado “humanismo existencial”; y en la participación académica de trabajadores, intelectuales socialistas que apoyamos o que éramos miembros de las organizaciones populares, y que querríamos renovar y democratizar la Universidad de Costa Rica, para orientarla hacia el cumplimiento de la crítica y la promoción social en Costa Rica, mediante un impulso vulnerable pero efectivo (como se pudo ver después). El III Congreso Universitario de 1972-73 constituyó la investidura institucional de esos principios democratizantes, y ahí se gesta un movimiento de respuesta, por parte de los representantes de los trabajadores, y por algunos sectores progresistas de las capas medias, y disidentes de la clase social dominante, frente y

contra el proceso de descomposición social-institucional, causado por las contradicciones de la economía de la "libre concurrencia". A su vez, en consecuencia, los sectores académicos conservadores (liberales clásicos, humanistas existencialistas, tradicionalistas y cuasi-neo-fascistas) se movilizan para obtener un "reducto elefantino" —como diría Epicuro—, ante la "escalada" social y cultural-progresista, mediante la creación de otro centro educativo (la Universidad Nacional Autónoma de Costa Rica) donde desarrollar su purísimo saber. Para ello se aprovecha, en ese mismo año de 1973, la coyuntura de la situación de emergencia y "desplazamiento" de estos sectores tradicionales, con los deseos oficiales (reformistas) de penetrar en la Escuela Normal Superior de Costa Rica, recién creada durante la administración de Trejos Fernández (Unificación Nacional, 1966-70), en una renovación de la vieja Escuela Normal o "Normal de Heredia", por intermedio del Ministro de Educación de Trejos Fernández, el filósofo Lic. Guillermo Malavassi Vargas.

El argumento "público" que más se utilizó para explicar y justificar la fundación de la Universidad Nacional fue el de la urgencia de que el Estado, para evitar la privatización de la enseñanza superior, ofreciera alternativa a una eventual población universitaria, producto de la universalización de la enseñanza media que la administración de Figueres Ferrer (Liberación Nacional, 1970-74) tanto estaba impulsando para responder, a su vez, al acelerado crecimiento demográfico (a la ya consolidada presencia multinacional y al consecuente crecimiento del aparato estatal).

Al principio, la participación de los sectores más progresistas en nuestra institución fue mínima, y la tendencia estaba en manos de pocos —pero importantes y combativos desde entonces— individuos, especialmente representantes de las corrientes progresistas gubernamentales. En su creación, y en sus primeros dos años, la Universidad Nacional expresó la pugna sorda entre los intereses (socialmente similares pero políticamente divergentes) de grupos de la clase social dominante: unos porque querían seguir implantando y desarrollando las reformas que se hacían necesarias, según una teorización social que insistía en que el partido de Gobierno,

*"... a través de sus políticas económicas y culturales, ha promovido el fortalecimiento y surgimiento de los sectores medios de la población, a nivel profesional, empresarial e intelectual (...) el peligro está en que el poder económico de esos sectores (medios), no se equilibre con el de otros sectores, urbanos y principalmente rurales, menos favorecidos"*;

y los otros grupos —los conservadores— simplemente porque se orientaban hacia la eliminación sistemática —a veces inconsciente y siempre inconsecuente—, de cualquier tipo de organización, participación o promoción popular, efectiva y no ya pasiva. Cabe destacar, para lo que aquí nos trae, que en esos momentos los grupos social-reformistas tenían relaciones que creían cuadraban perfectamente con las intenciones de los representantes más conservadores, a quienes como se dijo urgían, y puesto que algunos de estos últimos pertenecían a la misma agrupación política (situación que después varió notablemente, en beneficio de los social-reformistas). La jefatura superior de la institución siempre estuvo en manos de los social-reformistas, por medio del Rev. Dr. Benjamín Núñez Vargas pero, en tanto que cuerpo director, la organizadora y plenipotenciaria Comisión Ad Hoc, y los altos puestos académicos —con salvadas y notables excepciones—, estaban en manos de conservadores, donde un nutrido grupo de "humanistas" (historiadores y filósofos) llevaban la voz cantante, con destacadísima actuación de tres filósofos, el ya mencionado Lic. Malavassi Vargas, el Dr. Pacheco y el Dr. Murillo Zamora. Así, los sectores conservadores crearon y fortalecieron la Facultad de Graduados y Estudios Generales y la Facultad de

Filosofía, Artes y Letras —en la cual funcionó el antecesor del actual Departamento de Filosofía, el Instituto de Historia y Teoría de la Ciencia y de la Técnica—, porque pensaron que un sistema escolar tradicional podía encontrar su justificación mediante un “humanismo” y una filosofía adecuada, es decir, metafísica, mientras que el otro sector, el progresista, echaba raíces, más profundas, sobre todo en la Facultad de Ciencias Sociales.

Como consecuencia de este doble interés empieza a configurarse una fuerte polarización por el sentido que debería llevar la institución. Y, cosa rara en nuestro medio, la situación no culminó en una “conciliación universal”, sino en la preponderancia de una de las tendencias. Ya desde 1974 —y hasta la fecha— la partida fue ganada por el grupo más progresista —a la inversa de lo que ocurría entonces en la Universidad de Costa Rica. En ese último año citado, surge un movimiento que desde la Facultad de Ciencias Sociales eleva al Dr. Núñez Vargas a la rectoría, a través de un proceso eleccionario contra el Dr. Pacheco; y ya en 1975 se plantea en la institución la necesidad de transformar y reestructurar lo hecho, para constituirnos, en primer lugar, como un elemento de promoción o/y organización popular, no como un mero centro reproductor o conservador de la existente.

El Departamento de Filosofía surge como idea en 1975, y como realidad en 1976, bajo la dirección del Lic. Jaime González Dobles, de orientación socialdemócrata y cristiana, quien logra reunir, por una parte a aquellos intelectuales conservadores que hasta la fecha no habían emigrado de la Universidad Nacional y que estaban dispuestos, o a dar pelea o bien a trabajar en caminos desconocidos; y por la otra parte a un grupo de muy jóvenes filósofos, hasta entonces desarticulados y marginados del proyecto del “saber oficial”.

En noviembre de 1976 el grupo de filósofos progresistas asumimos la conducción del Departamento. Hasta la fecha creemos que nuestra labor es fructífera, y que las tareas son muchas e importantes. No sabemos hasta dónde y hasta cuándo subsistiremos en cuanto que organizadores y creadores de un filosofar académico inédito —aunque urgente ya desde 1930— en Costa Rica.

Lo que sigue pretende ser una visión ya no “social” de nuestra labor, sino una aproximación teórica que, por supuesto, es complementaria y está condicionada por (y condiciona a) lo anteriormente dicho y, sobre todo, hecho.

## II. Análisis teórico.

Un resumen interpretado de la primera parte del documento *Hacia la Universidad Necesaria*<sup>2</sup>, nos permitirá hacer una aproximación breve a las vinculaciones afectivas, institucionales y teóricas que existen entre la Universidad Nacional de Costa Rica y el contexto social que la genera, entre nuestra filosofía de filósofos y la orientación de la institución como un todo. La conceptualización explicitada en ese documento citado, no solamente constituye nuestro punto cronológico de arranque en tanto que institución consciente de (y abocada a), su tarea social, sino que también, aún ahora, y por esa misma razón histórico-genética, resulta imprescindible para replantearnos críticamente los fundamentos que se desprenden de nuestra práctica y que a la vez la enriquecen. Porque tanto en ese documento como en nuestra situación actual, y en la pretérita, es decir, en nuestro proceso, intentamos desarrollar una articulación del saber, de tal manera que el desarrollo social-histórico costarricense encuentre (y nos encuentre) en esa nuestra práctica (como) un elemento cierto y real de transformación y mejoramiento.

La mayoría de los integrantes de la Universidad Nacional, y del Departamento de Filosofía, queremos y debemos construir la Universidad y la filosofía que el pueblo costarricense necesita, la universidad y la filosofía populares que surgen del seno del pueblo, y no las que los intelectuales imponen o diseñan para el pueblo; porque la incipiente —pero acelerada— emergencia de los sec-

tores populares ha ido requiriendo niveles y ámbitos mayores de participación social directiva, conforme se han desarrollado las fuerzas sociales productivas en el país, y entonces ha hecho falta y ha resultado imprescindible una universidad y una filosofía que responda a esa emergencia; y también, en consecuencia, porque en base a ese surgir el pueblo en la Costa Rica contemporánea, grupos e individuos populares pueden y precisan, ya no solamente ingresar o “promoverse” académicamente —lo que no necesariamente supone ni una práctica ni una actitud ni una universidad o filosofía popular—, sino más bien para aglutinar y organizarse, para producir y hacer patente el saber, la ciencia y la educación que puedan alimentar —como un elemento de apoyo— ese nacimiento de una sociedad verdaderamente democrática. En este doble pero complementario sentido decimos que la nuestra es una “universidad *necesaria*”, una “filosofía *necesaria*”, pues, aquí y ahora tal es el primerísimo sentido de nuestra práctica, de nuestra necesidad y, también, tanto de su adecuada conceptualización como del mismo concepto “necesario”. Entonces resultan evidentes y explícitas nuestras prácticas y nuestras intenciones, cuando por ellos afirmamos que queremos,

*“... darle a Costa Rica una universidad necesaria que, contrayendo un compromiso efectivo con su realidad nacional, pueda servirle para cumplir un destino histórico con prosperidad, justicia y libertad” (Op. Cit., p. 12).*

Que la Universidad Nacional sea *universidad necesaria* significa, tanto que el producto social de la universidad debe consistir en la generación crítica del conocimiento práctico y racional, como que pueda fundamentar eficazmente una práctica social transformadora y realizadora de la esencia universal de todos y de cada costarricense.

Es necesario dejar en claro que lo dicho antes no debe entenderse en el sentido de que esa tarea esencial de la Universidad Nacional ya ha sido cumplida, ni mucho menos. Para lograr tal cosa hace falta que los sectores populares constituyamos, ya no solamente la mayoría organizada de los integrantes de la Universidad Nacional, sino además, que la sociedad costarricense en cuanto tal, enfile su quehacer según directrices y prácticas populares. Pues también debe quedar claro, por todo lo dicho antes, que vivimos y sabemos las muchas limitaciones que la actual organización nacional impone a la universidad, a quienes en ella trabajamos y, en general, a la articulación de los trabajadores. En este sentido hemos visto que muchas de nuestras prácticas e ideas se ven asfixiadas y casi hasta perseguidas por algunos sectores sociales y académicos, representantes o miembros de la clase social dominante, tanto desde fuera de la universidad como dentro de ella misma. Pero nuestra conciencia de esta imposición no debe interpretarse equivocadamente tampoco, porque no queremos hacer de la Universidad Nacional un *ghetto*, una universidad “tomada” por grupos socialmente inorgánicos, generalmente utilizados por las agencias de la contrarrevolución preventiva; pero tampoco queremos ni permitiremos que nuestra Universidad claudique o ceje en su lucha por la causa de la liberación del pueblo costarricense.

Porque la posibilidad y la alternativa que la Universidad Nacional ofrece al país es verdadera y activa, se nos ha atacado y discriminado, se nos ataca y perjudica, tanto por parte de cierto grupo en la Iglesia Católica, como por parte de las divas académicas, para mencionar dos instancias sociales-institucionales que encuentran su contrapartida (y que además tienen sus representantes) dentro de las instancias presentes en la constitución misma de la Universidad Nacional. Particularmente importantes para nosotros filósofos son las voces académicas y “filosóficas”, que con buen tino pero mala dirección y método han encontrado la esencia de nuestra universidad en su “necesidad”, y que posteriormente, y en consecuencia han mistificado (y cuasimistificado) ese concepto.

Al respecto es necesario recordar, entonces, que el término “necesidad”, como todo término adquiere significación en tanto que “actuado” (y actuante) socialmente. Por eso el término “necesidad”, como todo término, predica —o significa— y se conjuga de manera diferente en diferentes sociedades y en ellas es particularizado, de manera que representa una cosa para quienes lo necesario es superfluo o abominable (miserable), y otro significado tiene para quienes solo podemos y queremos que cada vez sea más inevitable nuestra liberación y la consecución de nuestra esencia universal. En este último sentido entendemos, por tanto, la relevancia y la necesidad de nuestra tarea.

Para nosotros, la universidad necesaria es aquella que se empeña en orientar esa tarea esencial hacia la transformación y la interpretación de una sociedad determinada, nuestra sociedad costarricense, para que nuestro proceso socio-histórico de formación tenga lugar formativamente, para que los costarricenses trabajadores nos seamos y nos definamos, es decir, trabajemos según las determinaciones que nosotros mismos establezcamos como práctica y principio de organización auténticamente democráticos. Para quienes deben servir y vocear las inicuas causas de la opresión, la inhumanidad y el beneficio de unos por el sacrificio de otros, nuestra universidad resulta, o bien peligrosa o innecesaria, o bien “eventualmente innecesaria pero supuestamente funcional”. Quienes en Costa Rica practican y reflexionan para la negación de los seres humanos en cuanto tales, y buscan la supervivencia de órdenes sociales prehistóricos (Enstehungsgeschichte), cuando lucubran conceptos filosóficos como el de “necesidad”, reducen el problema a una discusión pseudo-académica y escolástica de términos. Y cuando quienes eso viven y piensan son además filósofos de profesión, no hacen como ese hombre “justo” —en sentido sartreano—, representante de la “sociedad civil” —en sentido marxista—, es decir, no academizan ni escolasticizan, sino que (cosa aparentemente inaudita), reflexionan y actúan a través de palabras, disposiciones, y acuerdos de carácter difícilmente reflexivo o, para no ser tan duros, de carácter retórico, esto es, palabras, acuerdos y disposiciones que mediante la *pro-forma* y la frase rara y altisonante, irónica, pretenden usufructuar (y lucrar) el patrimonio que debe (que tiende y que va a) ser común, en parte (mínima) para su propio beneficio particular, y en parte (mayor) para sus protectores y promotores gerenciales, terratenientes y multinacionales.

En cuanto tal, también el término “necesario” algunas veces *deba* salir aparentemente retórico de nuestros labios: utilizamos formalidades para recuperar lo que nos es común, lo que a nosotros se nos quita. La formalidad y la institucionalidad son en Costa Rica ámbitos donde los trabajadores también nos estamos organizando, no solamente porque trabajamos la “forma” (el conocimiento y la “manera científica”) como *empleados* universitarios, y por nuestro laborar vamos a liberarnos en las tareas hasta ahora opresoras e injustas; sino también, y también fundamentalmente, porque nuestra tarea, para ser cumplida, necesita del cumplimiento análogo en toda la nación y, en consecuencia, en instancia centroamericana, latinoamericana y de todos los pueblos enajenados.

#### NOTAS

- 
- (1) L. A. MONGE, “Liberación Nacional: Dramas, Glorias y Esperanzas”. En D. Boesner y otros, *América Latina y el Socialismo Democrático*, CEDAL, San José, 1970, p. 75.
  - (2) B. NUÑEZ VARGAS, *Hacia la Universidad Necesaria*, Heredia, 1974.

